

Carlos Valdés



Una tarde calurosa de verano

Era una tarde calurosa de verano, y las moscas zumbaban en el aire. Comencé a sentirme amodorrado. El canario cantaba en su jaula, pero dejó de hacerlo cuando apareció el gato. Regresaba de dar un paseo, y maullaba como un nene a punto de morir de hambre.

El gato entró en la cocina; mi madre lo acarició y le dio unos pellejos. Verlo comer me desagradaba, pero no lograba apartar mi vista de él. Yo estaba recostado sobre el sofá. Cuando llegaba de la calle, me ponía un traje que me agradaba por lo viejo, y por lo suave que se había puesto con los años.

La mayoría de las tardes me quedaba en casa. Le decía a mi madre que era para acompañarla; pero en realidad me gustaba entregarme al ocio, a pesar de que cuando anochece, me sentía insatisfecho y triste.

Sólo hasta que el gato terminó de comerse la última piltrafa, pude cerrar tranquilamente los ojos. El murmullo del agua del fregadero me ayudaba a adormecerme, y los objetos del cuarto se iban borrando de mi vista; pero en ese momento mi madre dejó la cocina. Me enderecé un poco; ella extendía sobre la mesa una baraja de puntas desgastadas, para jugar al solitario.

La tarde era demasiado calurosa; sin embargo, me esforzaba en leer el periódico; temía que mi madre, al verme desocupado, me mandara a dar una vuelta a la calle. A pesar de mis esfuerzos, el periódico fue a aterrizar entre mis zapatos.

Todavía el periódico no dejaba de crujir, cuando oí que mi madre me decía:

—Si estás tan aburrido, y no tienes nada que hacer, ¿por qué no te marchas al cine?

Me pareció que la veía por primera vez, aunque llevaba el vestido oscuro de siempre, y su voz tenía la dulzura habitual.

No me atreví a contradecirla francamente; pero tampoco quería obedecerla. Me puse a inventar una excusa; pero recordé que le había pedido a Ricardo Ruiz, un compañero de oficina que me visitara.

Trataba muy poco a mis compañeros de oficina. No me atrevía a reunirme con los que charlaban alrededor del botellón del agua, o en los excusados. Sólo admiraba de lejos a los audaces que se exponían a un regaño de los jefes.

Sin embargo, una vez me había atrevido a acercarme a una compañera de trabajo. En la oficina conocía sólo de vista a Margarita. Una tarde la encontré en un autobús, y la saludé con timidez. A pesar de que se pintaba mucho los ojos, los tenía bonitos, y me miraba alentadoramente. No sé lo que sucedió; aunque soy tímido, me sentí arrastrado y enredado por mis palabras. Olvidé la esquina donde debía bajarme. La muchacha también parecía fascinada.

La invité a dar un paseo. No esperé a que aceptara, sino que la tomé del brazo, y casi la obligué a bajar.

Nos sentamos en la banca de un jardín. Le hablé a Margarita de mí mismo; pero no del Tomás Navarro de todos los días, sino de un muchacho ideal que había inventado en mis ocios. Aun me atreví a contarle pensamientos y sensaciones que nunca le había comunicado a nadie. También le hablé de mi madre: se la describí como una vieja de pelo blanco que se había sacrificado por pagarme los estudios, y la adoraba tanto que por no dejarla sola, casi nunca salía a pasear.

Hacía mucho rato que Margarita guardaba silencio. Los dos, sin palabras, decidimos que habíamos nacido el uno para el otro; pero de pronto sus manos me parecieron feas, vulgares. Sin embargo, hice un esfuerzo y continué pensando, como si mi madre me lo hubiera ordenado: "Ella es la mujer de tu vida." Hasta logré olvidar las manos de Margarita, y miré sus ojos que seguían siendo bellos a pesar del maquillaje.

Aproximé mi cara hasta pegarla contra la suya. Su mejilla, vista de cerca, resultaba fea y ridícula. Mi pasión se evaporaba por momentos. Desesperado murmuré: "Margarita." Mi voz me sonó falsa y cursi; sin embargo, ella había oído música celestial, y, sin poder contenerse, me besó. Con los ojos cerrados me entregué a las sensaciones que nacían de mis labios, y que se derramaban por mi cuerpo.

En aquel jardín había oscurecido por completo. Los faroles demasiado débiles no lograban alumbrar a través de las ramas de los árboles. Ya no podía distinguir si las manos de Margarita eran vulgares, o si su cutis era áspero.

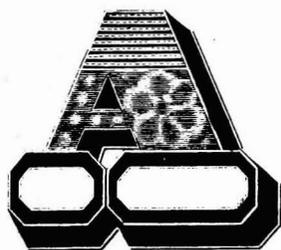
Ella parecía completamente dichosa, y yo me dejaba llevar. Caminamos sobre el césped aplastando las flores que caían de los árboles.

Ella se descalzó para sentir bajo sus pies las flores regadas sobre el césped. Su ejemplo me hizo vencer mi timidez e imitarla. Caminamos felices, con los zapatos en la mano, unidos por el brazo, aplastando las flores.

—¿Me amarás así, siempre como esta noche?

Mientras mis pies descalzos pisaban el césped, pensaba que aquella experiencia amorosa justificaba toda mi vida, y que garantizaría mi felicidad en el porvenir. El Tomás de todos los días se transformaba en un muchacho de personalidad deslumbrante. Al principio aun a mi madre le sería difícil reconocerme. Pero empecé a estornudar, y entre estornudos me puse los zapatos. Me había arrepentido de mi audacia, temía coger un resfriado, y que mi madre me regañara.

Después de recorrer unas calles, Margarita me llevó a un modesto edificio de apartamentos. En la puerta mostré una



sonrisa nueva, que no le conocía, y no supe cómo interpretarla.

Me detuve en el estrecho cubo de la escalera. La muchacha sin desanimarse, me empujó por el brazo.

—¿Qué les diré a tus padres? —le pregunté cuando llegamos al segundo descanso de la escalera.

—No te preocupes. Sólo voy a presentarte, luego podrás marcharte —me aseguró cuando subíamos el tercer tramo de la escalera.

La dulzura de su voz me recordó la de mi madre. Frente a la puerta del departamento, durante un instante imaginé que mi madre y Margarita eran la misma persona, también por un segundo tuve la esperanza de poder huir; pero la puerta se había abierto.

Entramos en una estancia llena de gente, y todas las miradas se fijaron en mí.

—Es mi novio —exclamó Margarita con alegría de niña que encuentra una flor en el paseo.

Sus palabras me sorprendieron: no había tenido tiempo de acostumbrarme a nuestras relaciones.

Cuando las conversaciones se reanudaron, Margarita desapareció misteriosamente. Volví a ser el muchacho tímido de siempre. Mis ilusiones eran demasiado frágiles para resistir el ambiente vulgar de la habitación; pero no pude continuar el hilo de mis pensamientos. Un hombre calvo, en mangas de camisa, con gran cortesía me ofreció un vaso de soda con aguardiente y un cigarrillo.

No acostumbraba fumar; pero no me atreví a negarme. Me molestaba su amabilidad, y hubiera preferido que me ignorara. Luego se acercó un hombre alto y flaco, también en mangas de camisa. Después de soltar una carcajada, me contó el chiste más conocido del mundo.

Todos los presentes regañaron al bromista y le rogaron que me dejara en paz. La oposición sólo sirvió para enardecerlo. Mientras se señalaba el pecho, gritaba en tono de falsete:

—El tío malo me espantó el último novio que tuve.

Soltó una carcajada vulgar y estruendosa, y continuó la farsa

de regañarse mientras hacía pucheros; pero una mujer (seguramente su esposa por los gestos y las palabras dominantes) se llevó por un brazo al bromista. No lo vi más, porque las espaldas de un grupo lo ocultaban; pero aún podía escuchar sus carcajadas que no habían logrado silenciar las súplicas ni las amenazas.

El señor calvo pretendió borrar la mala impresión de la broma: me aseguró que el tío era el payaso de la familia. Después se dedicó a alabar a Margarita.

A pesar de mis esfuerzos no encontraba qué responder; trata-

ba de disimular mi embrutecimiento arrojando bocanadas de humo. Varias personas fumaban y el humo nublaba la habitación. Al fin regresó Margarita, pero mi alegría se convirtió en rubor: se había ausentado para retocarse los labios, y creí que los presentes descubrirían que habíamos estado besándonos. Sin embargo, Margarita no parecía preocupada.

Me llevó frente a un hombre que se balanceaba en una mecedora. Parecía que el inválido había aprendido a resignarse; me recibió con frases de simpatía. Estreché una caricatura de la mano de Margarita, y procuré abreviar el contacto de la mano paterna.

Después Margarita me llevó delante de una señora. Descubrí que era su madre porque tenía el mismo cutis áspero que Margarita. Estaba tan aturdido que no encontraba palabras, y hasta la respiración se me dificultaba. Me sentía sucio y tenía deseos de lavarme; pero aún debía cumplir con el ritual de la despedida. Cuando terminé de saludar a los presentes, las manos me sudaban. Yo mismo abrí la puerta, y bajé de un tirón las escaleras.

Aquello había sucedido hace algún tiempo, y lo estuve recordando antes de comunicarle a mi madre:

—No puedo salir porque vendrá un compañero.

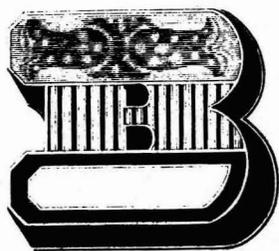
Ella continuó con su solitario. Yo sabía, aunque no lo había hecho aún, que siempre tenía alguna objeción; sólo debía esperar para oírla. Entre tanto, yo echaba miradas inquietas a mi alrededor. Por todas partes se veían los recuerdos, cachivaches que ella había estado acumulando durante años, y que no vendería a ningún precio. Me imaginaba que Ricardo Ruiz los miraría con desdén.

Mientras esperaba el comentario desfavorable de mi madre, pensé que junto a ella no era feliz. A pesar de su dulzura continuamente me recordaba mi carácter apocado, y me aconsejaba portarme con decisión. Además, me contradecía siempre: si yo deseaba salir a la calle, se quejaba de abandono; en cambio, si me dedicaba a leer, ella quería que fuera de paseo. Me sentía como un pájaro al que le cortan las alas.

Recordé mi torpeza para reemplazar la cinta de la máquina de escribir. Mi lentitud me molestaba: creía que los jefes pensaban que perdía el tiempo deliberadamente. Ricardo me sacó de un aprieto. Apenas se inclinó sobre la máquina, y sólo necesitó cinco o seis movimientos, que juzgué propios de un malabarista.

Ricardo, en la oficina, saludaba hasta a los mozos de la limpieza. Aunque apenas contestaran a su saludo, él no perdía la sonrisa. No se mostraba orgulloso, y se portaba con sencillez; no trataba de humillar a los otros, pero tampoco se rebajaba.

Cuando me enteré que Ricardo era sobrino del gerente de la



compañía (había empezado a trabajar en el departamento de empaques, y recorría las secciones para conocer a fondo el negocio, porque con el tiempo sería el sucesor del gerente) comprendí que los otros empleados no se apartaban de Ricardo por desprecio, sino por respeto. Reconocían en él las cualidades de los que nacen para jefes.

Me puse a considerar mi situación: ir al trabajo se había convertido en un suplicio después de mi aventura con Margarita; no me atrevía a confesarle que mi amor no resistía el visto bueno, ni el ambiente vulgar de su familia. Necesitaba que alguien me asegurara que obra bien al huir, y si no, que me enseñara cómo vencer el temor al encuentro. Mi madre no era la persona indicada. Entre mis conocidos sólo Ricardo Ruiz me inspiraba confianza; pero había ido posponiendo la entrevista.

Entre tanto, un día al salir del trabajo, me encontré a Margarita, no a la muchacha dulce que había besado en el jardín, sino un alma en pena que regresaba a vengarse.

El fantasma de Margarita hizo un gesto que anunciaba recriminaciones; sin embargo, el gesto, temible pero humano, tuvo la virtud de calmarme. El fantasma se convirtió en una mujer enojada. Mi pánico disminuyó a un plano casi tolerable; pero continuaba sintiendo miedo. Veía fijamente su boca, y no era capaz de oír nada, fascinado por el movimiento de los dientes, los labios y la lengua.

De pronto una especie de clarinada me retumbó en la cabeza, y los oídos se me destaparon. Margarita me hablaba con rencor; pero como esperaba grandes insultos, su reprimenda me pareció inofensiva. Me desconcertaba más el grupo de curiosos que se habían detenido a escuchar.

Sus reproches me abrumaban y me sorprendían. Sin embargo, soportaba todo en silencio, porque mentir significaría reconciliarme, dejarme dominar por la familia de la muchacha. Para congraciarme con ella, tendría que ir a su casa, sonreír estúpidamente, simular, oír chistes malos, en una palabra ingresar en el clan. Además, mientras no hablara, Margarita por lo menos no se llevaría una victoria completa, al confirmar la justicia de sus reproches.

Me admiró su facilidad para derramar lágrimas. Me parecieron ridículos los lagrimones que le arruinaban las líneas de carbón que enmarcaban sus ojos. Con tristeza reconocí que era incapaz de sentir lástima por ella.

Por fortuna advirtió la presencia de los curiosos que se divertían con sus lágrimas, y se marchó balanceando sus caderas penosamente a causa de los tacones altos. Al quedarme solo, únicamente sentí indiferencia.

Mi madre sacaba las barajas del montón, y las acomodaba en ordenadas columnas. Me dediqué a observar a unas moscas

que se perseguían. El zumbido se apagó cuando se estrellaron contra una pared. La perseguidora, gorda y de alas verdes perdió la pista. La pequeña y desnutrida perseguida aprovechó el momentáneo aturdimiento de la otra para ocultarse en los pliegues de una cortina.

Lo había pensado mucho, y decidí que en mi casa, delante de mi madre, era el lugar más conveniente para una entrevista. Deseaba que se enterara de lo que jamás me atrevería a contarle. Ante Ricardo no se animaría a hacer comentarios desagradables. Además, difícilmente ella podría contradecirlo. Para convencerme me bastaba recordar la figura deslumbrante del sobrino del gran jefe, frente al que los empleados de la compañía bajaban la vista.

Por la mañana había aprovechado un momento en que Ricardo afilaba un lápiz. Le pedí que nos reuniéramos esa tarde en mi casa, y aceptó sin vacilaciones; si se hubiera resistido un poco, habría tenido tiempo de arrepentirme. Era la primera vez que sentía disgusto con él.

—Invité a un compañero —la espera me había molestado, y preferí hablar a seguir aguardando—. Cuando lo conocí, yo no sabía que era sobrino del gerente de la compañía; si hubiera estado al tanto, no me le habría acercado, para que los otros no pudieran creerme adulator... Quizá no puedas imaginarte cómo se portan; y no me refiero a nadie en especial. El miedo los vuelve abusivos. Estar abajo no es agradable, y abusan, porque siempre encuentran con quién desquitarse. También existe el recurso de meterse en un rincón; pero es difícil pasar inadvertido. No te lo cuento para que me tengas lástima, sino para que comprendas por que creo amigo a Ricardo. El no se burla de mí, y quiero que lo conozcas...

Ella me permitió hablar; quizás juzgó conveniente que me desahogara, y después trataría de demostrarme que me hallaba equivocado.

—Dudé antes de invitarlo —continué diciendo—: tienes que reconocer que vivimos en una casa pobre, y no le quedará otro remedio que compadecernos. Pero que me conozca de veras, y que juzgue si merezco su amistad. De otro modo lo estaría engañando... Prométeme que tratarás bien a Ricardo; no me refiero a la cortesía, sino a que seas amable de veras.

Me replicó sin perder su habitual dulzura:

—Parece que vendrá a visitarnos un príncipe; pero tengo edad y tacto suficientes para tratar a cualquier persona. Sólo no me enoja, porque eres un chiquillo, y te contradices tú sólo, si quieres causar buena impresión, ¿qué esperas para cambiarte esa chaqueta y esos pantalones deshilachados?

Nunca me perdonaba los detalles desagradables; pero oculté mis pensamientos y dije solamente:



—Yo he vivido mucho contigo y te conozco de sobra; pero él únicamente estará aquí un rato. Sólo deseo que le enseñes tu lado bueno, que se sienta feliz de haber venido, o que al menos me quede la seguridad de que hicimos lo posible.

—A tu edad se piensa que para no ser hipócrita hay que desearse; pero a la gente le disgusta que le muestren las intimidades.

—Si de algo sirve un amigo es para que lo conozcamos y nos conozca.

Ella me preguntó con su característica dulzura:

—¿Cuándo llegará el día en que no exageres? Se pueden hacer confidencias pero convertir en jueces a los amigos es contraproducente. Con el tiempo comprenderás que sólo en la familia se encuentra el verdadero apoyo moral...

De la conversación me había quedado una impresión desagradable. Había tratado inútilmente de preparar el terreno. Me sentía arrepentido de haber invitado a Ricardo. Recordaba a Margarita; sí, pero la posibilidad de encontrarla me parecía demasiado remota.

Me dediqué a escuchar los pasos que subían por la escalera, y no me tranquilizaba hasta que se alejaban de mi puerta.

El ambiente del cuarto me ahogaba porque me parecía demasiado tranquilo, con sus muebles pasados de moda, sus jarrones limpios y bien alineados, las imágenes de los santos, y los paisajes recortados de revistas. Mi madre podía haberle servido de modelo a los artistas que colaboraban en las revistas femeninas, de las que había unos ejemplares cuidadosamente ordenados sobre la mesa de centro. Bajo el mueble el gato se desperezaba clavando sus uñas en el tapete.

Mi madre olvidó su dulzura, y pegó un grito enérgico; pero el gato continuó afilándose las garras. Cuando se cansó de hacerlo, adoptó un aire ofendido, y se refugió entre mis piernas. Miré con desprecio al gato; pero su extraño carácter lo volvía indiferente al cariño y al desdén: restregaba su lomo una y otra vez contra mis piernas. Me desesperaba el cosquilleo que me producía la piel del animal. Por consideración a mi madre lo aguanté un rato, pero no pude más y le di un puntapié. El animal se alejó maullando. Ella lo sacó de abajo de la mesa, en donde se había refugiado. Mientras acariciaba su lomo, lo mimaba con palabras dulces.

El animal se puso a ronronear. En ese momento lo odiaba pero lo olvidé cuando tocaron en la puerta.

Los golpes se repetían a intervalos prudentes, pero no me decidía a abrir; había esperado tanto que ya no podía creerlo.

Mi madre examinó cuidadosamente al visitante. La elegancia de Ricardo Ruiz me hacía parecer un vagabundo. A mi madre le halagaba la posición social que revelaba el traje de mi amigo.

Ella regresó a la mesa, se dedicó a jugar un solitario. Nosotros nos acomodamos en el sofá, y conversamos despreocupadamente. De vez en cuando ella simulaba retocarse el peinado, y nos espiaba por el espejo que colgaba de la pared.

Después de la turbación del primer momento, me había serenado. La presencia de mi amigo me bastaba para sentirme protegido de cualquier pensamiento o palabra de mi madre; aun su espionaje me parecía inofensivo.

El gato se aproximó a Ricardo; ni aun la impertinencia del animal que buscaba los halagos de la visita, me molestó.

Mi madre apreció el buen trato que mi amigo le daba al animal. Para mostrar su gratitud, trajo una botella de licor de naranja. Ella misma lo preparaba, pero ocultaba su origen carsero con una etiqueta extranjera. Sacó tres copas de cristal cortado que reservaba para las solemnidades. Temí que a mi amigo le disgustara el licor; pero manifestó que era excelente.

Me sentí muy agradecido con mi madre; no siguió su costumbre de criticar al vicio, cuando Ricardo encendió un cigarrillo. Yo no había aprendido a fumar porque a ella le desagradaba; sin embargo, para complacer a mi amigo, aunque aborrecía fumar por el mal sabor que me quedaba en la boca, hubiera sido capaz de imitarlo; pero la visita transcurría felizmente, y no deseaba arriesgarme.

Mi madre le preguntó a mi amigo por su familia.

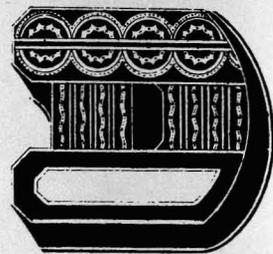
Me disgustó el rumbo que tomó la conversación. Sus revelaciones me sorprendían. Nunca me habría atrevido a interrogarlo; pero por la inoportuna curiosidad de mi madre, me enteraba de que la familia de Ricardo no tenía dinero. Su único pariente rico era el tío de la compañía.

Me disgustaba que Ricardo hablara francamente. Para mí era sagrada la existencia de mi amigo, y me parecía una desvergüenza que sin reticencias revelara el misterio. Yo no quería oírlo, y me distraía haciendo girar entre los dedos mi copa con el licor amarillo, del que sólo había probado una gota. Me sorprendió que algo tan bello tuviera un sabor tan desagradable.

El canario cantaba sin advertir el peligro. El gato se agazapaba bajo la jaula, y con paciencia calculaba la distancia que la experiencia le había demostrado insalvable. Cuando el canario advirtió el acecho, se puso a brincar. En su desesperación derramaba el agua del bebedero y el alpiste.

A pesar de que mi madre sabía que nada podría sucederle al canario, le inquietaba el acecho.

Me divertía la situación: Ricardo hablaba de sus parientes, pero a pesar de su cordialidad continuaba siendo un extraño: a mí no me interesaba su familia, y a mi madre le importaba más la suerte del canario. Pero yo y mi madre éramos igualmente extraños. Mientras ella se preocupaba por la perversidad



del gato, a mí sólo me importaban los reflejos de la luz sobre la copa. Me dije que si les hubiera caído un rayo habría permanecido indiferente. “No —pensé—; no me da igual, sino que me gustaría verlos negros y carbonizados.” Apreté con odio la copa; sin embargo, tuve miedo de que al quebrarse me hiriera. Abrí la mano y conté mentalmente: “uno, dos, tres...” Como piedra arrojada a un pozo, la copa tardaba eternidades en estrellarse; pero después, el odio me abandonó tan rápidamente como se había producido en mi interior.

Ella se olvidó del gato, y Ricardo se quedó inmóvil y callado. Junto a él, yo, con las rodillas algo separadas y la cabeza inclinada, miraba el charquito de licor amarillo. En el espejo de la pared se reflejaba el cuarto, y el charquito amarillo que se iba extendiendo.

El gato abandonó la caza; lo vi aparecer en el espejo, y aproximarse con pasos tímidos a la mancha que crecía. La curiosidad lo empujó a meter las narices en el charquito; pero al sentir las narices mojadas se asustó, y desapareció del espejo y del cuarto.

Antes de marcharse a buscar un trapo para limpiar el piso, mi madre me dirigió una mirada de reproche. Junto con la copa se rompió la armonía del cuarto. Aunque mi madre no había hablado, Ricardo advirtió su enojo. Por otra parte, él no podía descifrar mi silencio, ni sabía por qué me había quedado inmóvil, fascinado con los pedazos de cristal que brillaban entre el licor derramado. Cuando mi madre se arrodilló para limpiar el piso, le dije a Ricardo:

En el aparador se encontraba segura la copa; pero mi madre la sacó para que brindáramos a tu salud. Nunca antes había usado sus copas para agasajar a un amigo mío. Como quien dice he roto un copa en tu honor. Sí, porque no se me escapó; lo hice de propósito —a medida que hablaba me sentía embriagado con mis palabras, como si me hubiera bebido toda la botella de licor—; y la he quebrado para demostrarte que te agradezco que hayas venido —mi madre había suspendido la limpieza, y me escuchaba de rodillas, abriendo unos ojos asombrados y furiosos; sin embargo continué—: te has puesto a charlar con mi madre, como ni yo mismo soy capaz, y te agradezco que hayas tratado de congraciarte con ella. Hasta has estado bebiendo por cortesía; sí: a nadie le puede gustar semejante brebaje... Ves, me sobran motivos para quebrar la copa en tu honor.

Mi madre se sentó distraídamente en un sillón. En sus manos conservaba el trapo; no advertía que la miel goteaba del trapo al piso. Ricardo parecía desconcertado: no podía determinar si trataba de insultarlo o de halagarlo.

—No he terminado de explicarte —le aseguré—.

Nunca había tenido en mis manos una de estas copas. Mi madre no se había atrevido a confiármela. A mis años esa desconfianza me parecía un insulto; al quebrar la copa, he celebrado mi mayoría de edad... ¿Verdad que a ti nunca te ha negado que uses cualquier clase de copas? Siempre has tenido el pulso seguro, y confían en tí. En cambio, soy de manos torpes, porque cuando se pasan la vida vigilándote, no te queda otro remedio... Hoy mi madre cometió el error de descuidarme. (Admítelo: tú has sido un poco culpable por distraerla.) Al sentirme libre, decidí obrar por mi cuenta; pero como la torpeza no se cura de la noche a la mañana, sólo se me ocurrió romper una copa. Reconozco que es una estupidez romper algo la primera vez que nos lo confían; pero no estoy arrepentido.

Cuando terminé de hablar, todos quedamos inmóviles y callados.

Mi madre aún tenía el trapo en su mano, y comenzaba a gotear miel sobre su falda. Lo arrojó al suelo. Observó las manchas de licor que tenía en el vestido. Después moviendo tristemente la cabeza, me dijo:

—No me había dado cuenta de que estás loco —dirigiéndose a Ricardo añadió—: Sí, mi hijo está loco.

Levantaba y hundía la barbilla en las arrugas que tenía en el nacimiento de la garganta, y con dulzura lacrimosa repetía:

—Está loco... está loco...

Las lágrimas corrían por las mejillas de mi madre. Ricardo la compadecía. Ella parecía arrugarse y achicarse por momentos, como si fuera un viejo vestido salpicado de lunares, que alguien hubiera arrojado hecho pelota sobre la silla. Ricardo me miró más bien con asombro que con disgusto: le sorprendía que el empleadito que en la oficina casi no se movía, en su casa fuera capaz de portarse con crueldad. Después de un rato de silencio, le dije:

—Las mujeres tratan de dominarnos con las lágrimas —mientras hablaba recordaba las caderas ridículas de Margarita cuando huía sobre sus tacones altos—. ¿Qué pensarías de una muchacha que te hace una escena, porque has dejado de verla? Esto me pasó con Margarita, una compañera que trabaja en la Sección de Contabilidad de la compañía. ¿La conoces?

—Los hijos terminan por matarnos a disgustos —dijo mi madre con doliente dulzura.

Mis palabras parecieron herir a mi amigo, y me rogó que me callara, pero entonces me era imposible guardar silencio:

—Margarita me preparó una trampa. Seguramente avisados de antemano los parientes se habían reunido, y se morían por conocer al novio, al novio que, por una lamentable casualidad,

resulté ser yo. Me sentía incapaz de sobrevivir a su curiosidad por más de dos minutos; sin embargo aún tuve fuerzas para continuar hasta lo último. Estreché las manos de unos viejos vulgares que son los padres de ella.

—Los hijos terminan por matarnos a disgustos —lloriqueó mi madre.

—Margarita había encontrado a un estúpido muy a propósito para el caso. Después de pasar por un prólogo de besos en el jardín, me llevó a presentar a su casa...

—¡Cállate! —me rogó Ricardo a punto de estallar.

Pero entonces ya no me importaba que aprobaran mi historia.

—Cuando salí de su casa, me prometí que ella no volvería a ponerme en ridículo. Después Margarita intentó conmovirme llorando; pero ni todas sus lágrimas me hicieron regresar a aquella casa. Para poder salir tuve que estrechar miles de manos, y allí estaría aún, si no huyo por la escalera más interminable que he conocido.

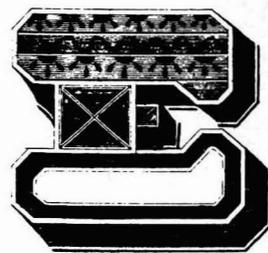
—Cállate —me gritó Ricardo; sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas; su cara revelaba la furia de una vaca a la que marcan con un hierro caliente—. Sólo un mentiroso puede decir que la escalera de mi casa, que he subido y bajado durante años, tiene la virtud mágica de retener a los pretendientes de mi hermana —Ricardo parecía a la vez furioso y sorprendido de verse participando en la lucha de la que antes era espectador. Guardó silencio sólo por respeto a mi madre.

Ella nos miraba; trataba de adivinar por qué Ricardo había alzado la voz; no lograba entender qué relación existía entre la hermana de Ricardo y yo; cómo Margarita, una desconocida, resultaba pariente de Ricardo; y por qué de pronto yo, sin ningún motivo aparente, me había puesto a hablar de esa muchacha.

Por su parte, Ricardo estaba inmóvil y furioso. Yo me sentía sorprendido como si hubiera recibido un golpe en la boca del estómago: ¿Por qué mi mala suerte me había colocado en una situación tan penosa? Me inclinaba hacia adelante, procurando respirar el aire que entraba por la ventana, que llegaba mezclado con los ruidos del vecindario. Me sentía en el interior de una alberca de aguas turbias, sin aire ni luz.

En una fábrica vecina pitó uan sirena. Mientras daban las cinco de la tarde, nosotros guardábamos un silencio penoso. Mi madre, para romper el silencio nos anunció que prepararía un cocimiento de hojas de naranjo.

Cuando se marchó a la cocina, el estancamiento se rompió casi milagrosamente. Nosotros por primera vez en mucho rato cambiamos de postura. Ricardo recobraba la serenidad, y yo comenzaba a arrepentirme de mi conducta.



Mi madre regresó con una tetera y le sirvió una taza a Ricardo, luego otra a mí, y ella se quedó con la última.

Las tazas azules y humeantes le causaron a Ricardo una agradable impresión. Su rostro reflejaba optimismo, como si pensara: “Después de todo, aquí no ha sucedido una tragedia cósmica.”

Después de consultar su reloj, Ricardo se despidió de nosotros.

Mientras lo veía alejarse, experimenté la sensación de que Ricardo recogía en sí mismo (como una cinta metálica en un carrete) los movimientos y las palabras que había dispersado en el cuarto. Cuando salió al pasillo, me pareció que los muebles y las paredes quedaban desnudos bajo la luz cruda de la tarde, ya sin la protección del sobrino del gran jefe.

Alcancé a Ricardo cuando había descendido un tramo de la escalera.

—Dile a tu hermana que me perdone.

Mi amigo siguió caminando hacia la puerta. Afuera los autos y los camiones pasaban velozmente; por un segundo oscurecían el umbral; luego la luz de la tarde volvía resplandecer como un fogonazo. Antes de que llegara a la calle, le repetí:

—Dile a Margarita que me perdone.

Yo estaba cerca de mi amigo; mientras sombras se alargaban de abajo hacia arriba, caprichosamente deformadas por los escalones. Con la mirada puesta en la calle, Ricardo me respondió:

—No es necesario; pero lo haré, ya que me lo pides.

Cuando regresé al cuarto, mi madre como si nada hubiera pasado, acomodaba las barajas en hileras muy bien ordenadas. No quedaba rastro de la visita de Ricardo; la mancha del suelo había desaparecido, también las colillas y las tazas. Me recliné en el sofá mirando el vacío. Inútilmente invoqué las fantasías con que había matado el tiempo otras tardes. Tome una resolución heroica y le pregunté a mi madre:

—¿Tú crees que Margarita me perdonará, si su hermano se lo pide?

Al oír el nombre de Margarita, abandonó las barajas. Me preguntó muy intrigada, mientras yo buscaba en el ropero mi mejor traje.

—¿A dónde vas?

—Iré a pedirle perdón a Margarita. Si Ricardo está presente, no sentiré temor de sus padres.

—Empiezas a enloquecer por las muchachas: primero huyes espantado, y después las persigues.

Una voz interior me aconsejaba regresar al lado de mi madre; pero la voz cada vez se debilitaba más. Continué caminando hacia la puerta.